

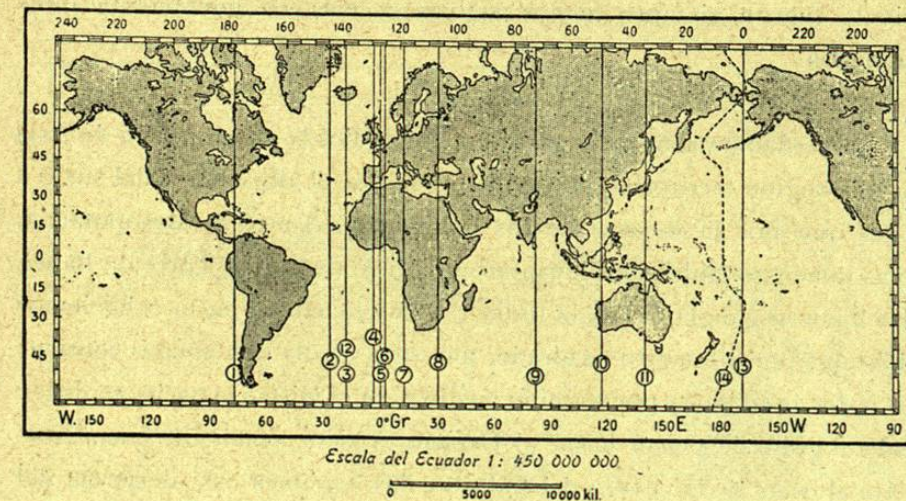
la Groenlandia á las tierras antárticas pasando por la isla de Hierro, parecía confundirse con una división geográfica, puesto que sigue en casi toda su longitud el foso del Atlántico entre el Antiguo y el Nuevo Mundo. La conservación de este meridiano habría acabado por fijar la significación de las palabras Este y Oeste, dándoles por sinónimos las expresiones Mundo Antiguo y Nuevo Mundo. Hasta cierto punto de vista, la cosa hubiera sido justa, puesto que la América, situada al Occidente de Europa, ha sido descubierta por navegantes que singlaban hacia el Oeste; pero estudiando el conjunto de las tierras que siguen su orden, se hace constar que la masa del doble triángulo americano continúa exactamente la curva del Asia alrededor de la gran depresión oceánica: desde el punto de vista de la génesis de las tierras, se encuentra, pues, al este del Mundo Antiguo, y la línea meridiana más lógica resulta la que pasa por el estrecho de Bering en la inmensidad del Pacífico.

Si hay empeño, como es conveniente, en escoger una línea de separación normal entre el Este y el Oeste, no sólo á causa de sus ventajas geográficas, sino especialmente en razón de la influencia que ese trazado de división ha determinado en la historia misma, se podrá fijar, hacia el principio de las edades entrevistas por la ciencia del pasado, en la zona media del Mundo Antiguo á cuyos dos lados los acontecimientos tomaron el carácter más original y distinto. Una primera división de ese género, muy justificada respecto á ciertas consideraciones, es la que dió sus nombres al Asia y á Europa: para los Asirios, el país de Asia, cuyo nombre se ha modificado diversamente después, era la región iluminada por los rayos del Sol levante; y el país de Ereb — Europa — comprendía todas las comarcas que se extienden hacia la púrpura de la tarde. Es cierto que la división geográfica entre los dos continentes, marcada por las ramificaciones orientales del Mediterráneo, corresponde á una diferencia considerable en el movimiento histórico de las comarcas ribereñas; sin embargo, los resultados generales de la historia comparada nos prueban que es preciso buscar mucho más al este de la costa de Siria el meridiano de división entre las dos mitades del mundo que mejor merecen los nombres convencionales de Este y Oeste, de Oriente y Occidente.

Parecería muy natural á primera vista fijar esta línea de separación en el límite de las cuencas fluviales que se inclinan de un lado hacia los mares de la India y de la China y de otro hacia el Atlántico por inter-

medio del Mediterráneo y de los otros mares interiores. Pero esta frontera, en gran parte artificial, especialmente en la travesía del Asia Menor, pasa por medio de poblaciones sujetas á las mismas influencias

N.º 42. Algunos meridianos iniciales.



MERIDIANOS INICIALES	POSICIONES CON RELACIÓN Á LOS DE		
	Greenwich (grados)	París (grados)	Bering (grados)
1. Washington	77° 2' 0" W	79° 22' 15" W	178,6889
2. St. Michel (Açores) M. Chaucourtois	26° 9' 45" W	28° 30' 0" W	144,7750
3. Isla de Hierro (Ferro)	17° 39' 45" W	20° 0' 0" W	139,1083
4. San Fernando (España)	3° 42' 0" W	6° 2' 15" W	124,8000
5. Greenwich	0	2° 20' 15" W	127,3333
6. París	2° 20' 15" E	0	125,7750
7. (M. Bouthillier de Beaumont)	12° 20' 15" E	10° 0' 0" E	119,1083
8. Pulkowa (Petersburgo)	30° 10' 15" E	27° 50' 0" E	107,1194
9. Udjein	75° 52' 0" E	73° 31' 45" E	76,7556
10. Pekín (Observatorio imperial)	116° 28' 49" E	114° 8' 34" E	49,6798
11. Tokio	139° 46' 15" E	137° 26' 0" E	34,1528
12. Conical Hill (M. de Sarrauton)	17° 30' 0" W	19° 20' 15" W	139
13. Bering (E. Reclus)	169° 0' 0" W	171° 20' 15" W	0
14. Línea á cuyo paso se adelanta un día la fecha á bordo de los buques que van hacia el Oeste y se retrasa otro tanto á bordo de los barcos que van hacia el Este.			

Las cifras del borde inferior del cuadro corresponden á la división del Ecuador en 360°, contados de 0° á 180° Este y de 0° á 180° Oeste de Greenwich; las cifras del borde superior corresponden á la división del Ecuador en 240 grados, contados en un solo sentido de Este á Oeste, á partir de un meridiano que atraviesa la isla Ratmanoff (Diomedes) y está identificado con el 169° W Greenwich.

La división de M. de Sarrauton está determinada por el faro del Cabo Verde, cuyo meridiano (unos 17° 30' W Greenwich) está numerado 140; propone la división del Ecuador en 240 grados y el meridiano inicial corta entonces el continente americano cerca del Cabo del Príncipe de Gales á través de Conical Hill.

de suelo y de clima, participando en los mismos movimientos históricos y compuestas en gran parte de elementos de la misma procedencia étnica. Es necesario retroceder al verdadero límite entre el mundo occidental y

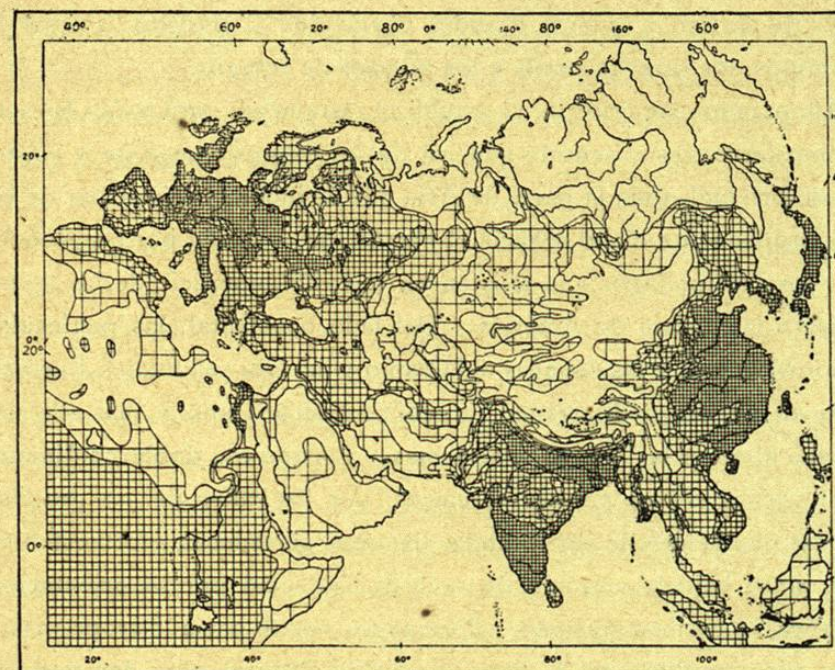
el mundo oriental de modo que se rechace del lado del Oeste toda la vertiente de los dos ríos gemelos, el Tigris y el Eufrates, lo mismo que las principales cimas del Irán. Esta región de Persia y de Media, de Asiria y de Caldea, está íntimamente asociada en su historia con los países del Mediterráneo, en tanto que sus relaciones con el mundo de Oriente fueron siempre menos activas y más frecuentemente interrumpidas.

La verdadera zona de separación está indicada en el centro de Asia por una región territorial que se distingue por el alto relieve del suelo á la vez que por la escasez de los habitantes. Entre la Mesopotamia, cuyas inmensas multitudes levantaron en otro tiempo la Torre de Babel, y las llanuras gangéticas de la India, donde se cuentan hasta ochocientos habitantes por kilómetro cuadrado, una zona media que apenas contiene uno ó dos individuos por término medio para el mismo espacio, se dirige desde el golfo de Omán hacia el Océano Artico; comienza inmediatamente al oeste de la cuenca del Indus en las regiones casi desiertas del Baluchistán, sembradas de escasos oasis, continuándose por los montes de Khirtar y Sulaiman-dagh y conteniendo en sus ásperos valles tribus de montañeses frecuentemente diezmados por la guerra. Al noroeste del Indostán, las altas cimas del Hindu-kuch y otras, inferiores sólo al Himalaya, marcan los límites de partición, prolongándose por las mesetas de tan difícil acceso, á las cuales se ha dado el nombre de «Tejado del Mundo», y que, flanqueadas al Norte por aristas paralelas, van á juntarse en el macizo de los «Montes Celestes». Al otro lado de esas potentes rocas con diadema de glaciares, la zona poco habitada continúa en la gran depresión siberiana hacia las riberas salinas del lago Balkach, después al norte de la cadena del Tarbagatai, hacia las estériles soledades de Semipalatinsk, la «Estepa del Hambre»; por último, el entredós casi desierto comprendido entre las cuencas del Obi y del Yenisei va á unirse á las tundras de suelo congelado. Las investigaciones de Gmelin y otros naturalistas han demostrado que, á lo menos respecto de la fauna, la verdadera separación entre Europa y Asia se halla en esas tierras bajas y áridas y no sobre las verdosas alturas de los Montes Urales.

El Mundo Antiguo está así dividido en dos mitades distintas, teniendo una masa continental casi de igual extensión. En toda su parte meridio-

nal y central, esta ancha banda de separación está formada de una serie de eminencias que comprende el nudo capital del sistema montañoso de la Eurasia y no está cortada sino á raros intervalos por pasos accesibles á los guerreros y á los mercaderes. Esas puertas difíciles eran las únicas

N.º 48. Zona de despoblación entre el Oriente y el Occidente.



Menos de 1 habitante por kil. cuadrado	□
De 1 á 5 habitantes » » » »	□
De 5 á 25 » » » »	□
De 25 á 50 » » » »	□
Más de 50 » » » »	□

1: 120 000 000
0 1000 2000 3000 4000 5000 kil.

que permitían comunicar las poblaciones de las dos vertientes, las civilizaciones respectivas del Occidente y del Oriente. Del mismo modo que un deslizamiento del suelo puede obstruir repentinamente la corriente de un río, la incursión de una tribu de montañeses podía cerrar completamente el tránsito entre el Este y el Oeste, cortando nuevamente el Mundo en dos. Y esto se produjo varias veces.

Afghanos y Turkmenos detuvieron frecuentemente el paso de los ejércitos; con más frecuencia aún no se aventuraron éstos más que á la entrada de las gargantas, temiendo el largo y áspero camino en temibles comarcas, sin albergues para reposar ni provisiones. Para atravesar esas formidables barreras, necesitaron los Daríos, los Alejandro, los Mahmud, los Baber y los Akhbar todos los recursos en hombres y en dinero de poderosos imperios. Aun en nuestros días, las regiones montañosas de la línea de partición oponen grandes obstáculos al tránsito, á pesar de los caminos, los caravanserais y los puertos de refugio.

Adoptando este criterio, se establece claramente para todas las extensiones terrestres el sentido general de las expresiones Este y Oeste. Del lado oriental, toda la parte de Asia que se inclina hacia el mar de las Indias propiamente dicho y hacia el Pacífico se continúa por las grandes islas y los archipiélagos que existen en la vasta superficie de las aguas casi hasta las costas de América. Del lado occidental, las penínsulas anteriores de Asia y las cuencas del Caspio y del Obi se juntan á Europa, á todo el mundo mediterráneo, al continente africano y más allá del Atlántico abrazan las tierras americanas. Porque ese doble continente que mira hacia el Este por sus estuarios, por los valles de sus grandes ríos y las pendientes de sus fecundas llanuras, pertenecen incontestablemente, tanto bajo la relación de su historia, como por su orientación geográfica, al cosmos europeo. Permanece vuelto hacia Europa, hasta que se abra ampliamente la gran puerta de Panamá para dar toda su iniciativa comercial á Valparaíso, al Callao y San Francisco.

No hay duda que la mayor parte de las naciones y de las tribus, permaneciendo largo tiempo separadas unas de otras en humanidades distintas, proseguían su existencia sin tener la menor idea de esa diferenciación entre Oriente y Occidente; pero desde las primeras edades en que los grandes pueblos del Mundo Antiguo tuvieron conocimiento de su historia, conocieron el valor que tiene esa cumbre que separa las dos vertientes. La evolución humana se verifica de diferente modo en cada lado, y cada siglo aumentó la divergencia originaria de esta evolución, gravitando por un lado hacia el gran mar, y por otro hacia la cuenca del Mediterráneo. ¿Cuál de esas manifestaciones estaba destinada á producir más importantes consecuencias y á contribuir en mayor escala á la educación del género humano? Actualmente no cabe duda sobre este

punto: en la lucha por el poder, el Occidente obtuvo la ventaja hasta nuestros días; las naciones de esta vertiente acreditan á la vez más iniciativa progresiva y mayor potencia de regeneración. Y, sin embargo, todo parecía indicar que el Este fuese la mitad privilegiada del planeta: vistas en su conjunto, las naciones de la vertiente oriental tuvieron su período de superioridad real; hasta pudo preverse que la tomarían de nuevo y que, así como el Atlántico despojó al Mediterráneo de su posición suprema sobre la Tierra, gradualmente empuñada, el Gran Océano asumirá sobre el foso del Atlántico la preponderancia que le aseguran su extensión y el semicírculo de sus riberas, espina dorsal de todo el organismo continental.

Sin tratar de establecer aquí de qué comarcas partieron los primeros impulsos, es probable que la plaza material ocupada hace tres mil años por las naciones que ya tenían conciencia de su vida en la historia del mundo, era menor al occidente que al oriente del diafragma asiático. Los valles y las mesetas que poblaban los Medas y los Persas, las llanuras de la Asiria y de la Caldea, la comarca de los Hittites, de los hijos de Israel y de Ismael, las costas de los Fenicios, las de los Sabeos y de los Himiaritas, las orillas del Nilo, las islas de Chipre y de Creta, por último, las partes del Asia anterior donde germinó la civilización que después había de florecer tan maravillosamente en Grecia, al otro lado del mar Egeo, todas esas comarcas sólo formaban un estrecho territorio en comparación de las vastas extensiones del Asia sud-oriental, desde el Indus al río Amarillo, y hasta la Siberia meridional, tan rica en inscripciones de las edades desaparecidas. Y aun ha de añadirse á ese vasto territorio asiático una gran parte del archipiélago malayo, cuya civilización es ciertamente de fecha antiquísima. Finalmente, las tierras oceánicas, esparcidas sobre una extensión líquida tan grande como todas las masas continentales del Mundo Antiguo, parecen haber formado parte de un área cuyo desarrollo histórico era superior al de las poblaciones europeas en la época de los Pelasgos.

Es cierto que las tribus salvajes de Europa durante la edad de piedra se extendieron en todos sentidos y recorrieron comarcas muy distantes unas de otras; pero la condición política y social de esas tribus no ofrecía cohesión suficiente para que fuese posible fijar la memoria de todas sus

idas y venidas. Sus viajes permanecieron ignorados como si jamás hubieran tenido lugar, en tanto que las emigraciones también desconocidas de los insulares del Pacífico se encontraban al menos unidas, por el lazo de las navegaciones malayas, al mundo de la India insular y continental: de ese modo los orientales podían formarse una idea de ese mar inmenso, sembrado de una vía láctea de islas é islotes, que se extiende en la anchura de la costa de Asia á distancias grandísimas. En aquellas lejanas regiones no hubieran podido concebir el Océano, como lo hicieron los griegos, como un simple río que encerraba con su estrecha corriente las tierras continentales; el indio y el malayo le considerarían más bien como un espacio sin límites que iba á perderse en el infinito de los cielos.

El Este se encontraba así entonces grandemente adelantado sobre el Oeste, á la vez por la extensión de su dominio conocido y por la mayor cohesión de sus pueblos. Pero transcurridos treinta siglos, y sin que haya habido regresión por su parte, porque de una manera general la evolución se ha hecho en todo lugar en el sentido de lo mejor por el aumento de los conocimientos, ha sido singularmente distanciado. Hasta se ha emitido la idea que la precocidad de la civilización oriental podría haber sido la causa de esa detención del desenvolvimiento; porque demasiado apresuramiento en el esfuerzo trae siempre consigo más rápido cansancio¹. Hay escritores que se entregan á fantasías místicas, y tomando por base de sus argumentos una especie de predestinación, han tratado de explicar el contraste entre el Este y el Oeste por una diferencia de raza original é indestructible. Los dos mundos, dicen, se diferencian en principio desde sus comienzos; el espíritu de los orientales es nebuloso y quimérico, inclinado á los refinamientos sutiles y á las ambigüedades contradictorias, y obra en sentido inverso de la inteligencia de los occidentales, que está dotada del genio de la observación, de una rectitud natural de pensamiento, de la comprensión de las cosas. El mito de la Serpiente en el Paraíso Terrestre, simbolizando á los ojos de esos escritores la influencia perniciosa del Oriente, dominaría todas las relaciones de un mundo á otro.

Concepción semejante, que daría á los occidentales una superioridad

¹ Gaëtan Delaunay, *Mémoire sur l'infériorité des Civilisations précoces.*

incontestable, sólo reposa evidentemente sobre el recuerdo del largo antagonismo existente entre poblaciones lanzadas unas contra otras por la guerra ó por los intereses comerciales en las diversas épocas de su vida política y social: en realidad la simple exposición de los hechos ha sido tomada por una explicación. Entre una civilización decadente y una sociedad en plena vida de crecimiento, las condiciones no son iguales: para juzgarlas con perfecta equidad, es preciso colocarse en períodos correspondientes de su vida colectiva. Sería injusto, por ejemplo, comparar los Estados Unidos en su triunfante juventud con la China en su edad senil. Separando, pues, esa supuesta diferencia esencial de las razas, han de estudiarse las condiciones telúricas del mundo oriental, buscando en ellas las causas del retraso de su desarrollo, comparado con los progresos del Occidente.

En primer lugar, el Gran Océano, con sus millares de islas, sólo tiene para su inmensa extensión líquida una corta proporción de tierras emergentes, aparte del árido continente australiano; los centros de civilización, tales como Samoa, Taiti, los grupos de Tonga y de Fidji, separados unos de otros por largas distancias y con escasa población, no podían ejercer influencia considerable, por ser los archipiélagos demasiado estrechos para dar nacimiento á un gran foco de irradiación intelectual. La Nueva Zelanda, bastante amplia para llegar á ser la residencia de una nación poderosa, se halla demasiado apartada de las vías históricas, en los solitarios mares del Sud; por lo demás, se ha colonizado tarde y apenas se han sucedido en su territorio treinta generaciones.

En cuanto á las islas ecuatoriales, desde Borneo á la Papuasía (Nueva Guinea), son grandes y están muy favorablemente situadas en el ángulo sud-oriental del continente de Asia, en el eje del movimiento general de la civilización; la riqueza misma de su vegetación forestal y las facilidades de la existencia permitieron á los aborígenes mantenerse en su aislamiento primitivo, y la mayor parte de esos archipiélagos magníficos quedaron así fuera de la marcha del progreso. Los aventureros malayos, lo mismo que los colonos de razas diferentes, se contentaron con ocupar las costas; el interior quedó inexplorado, y á veces se halló completamente cerrado por el espesor de los bosques, donde se ocultaban los «corta cabezas». Sólo dos grandes islas, las más próximas al continente asiático, Sumatra y Java, se unen al mundo civilizado del